EL MUSEO LITETARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

33,333 REALES Y 33 CÉNTIMOS POR DIA,

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS.

Gil



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.



CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!
Antes que te cases.

Cada cual ama á su modo.
Cabrion y Pipelet, ó las desgracias de un portero.

Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De cocinero á ministro.
Dieguiyo pata de anafe.
¡Dos maridos! ¡qué ventura!
Delirium tremens.

El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El héroe de Bailen.
El suplicio de Tántalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigó, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilis.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.

Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens
La voz de las Provincias
La carta perdida.
Los quid pro quos.

Lluvias de estío.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

¡¡¡No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.

Simpatía y antipatía.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.
Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreu.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.

Cocinero y capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.

Celos, despecho y an
Conde, ministro y la
Corona y tumba, ó e
Sigerico.

Duda en el alma, ó c
de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Ca
Don Alonso el Sabio;

Entre bobos anda el
El gran duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicari
El árbol torcido.
El conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El caballero de Harm
El cardenal es el Rey.
El castellano de Tam
El castillo del diablo.
El conde de Monte-Cr
mera parte.)
El conde de Monte-C
gunda parte.)
El conde de Herman.
El correo de Lion, ó e
la silla de postas.
El escudo de Barcelon
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una ma
El sereno de Glukstad
El subterráneo del casti
El génio contra el pode
chiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey
El libro negro.
El judío errante.
En el crimen va el cas
condesa de Portugal.
En 1330.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita.
El corazon de un adre.
Eugenia.
Eulalia.

33,333 REALES Y 33 CÉNTIMOS POR DIA.

33,333 REALES Y 33 CÉNTIMOS POR DIA.

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS,

ACOMODADO A NUESTRO TEATRO

POR

DON ISIDORO GIL.

Representado por primera vez en Madrid en el teatro del Circo el 24 de Diciembre de 1858.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
JACINTO PEREZ, maestro de escuela.	D. MARIANO FERNANDEZ.
GENARO BUSTAMANTE, agente de negocios........................	D. ENRIQUE ARJONA.
ELOISA, su mujer....................	DOÑA AMALIA GUTIERREZ.
JUANILLA, ahijada de Perez........	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
DOLORES, amiga de Eloisa........	DOÑA CLOTILDE MATEOS.
MATEO...........................	D. SERAFIN GARCIA.
GODINO..........................	D. ATANASIO MARÉ.
UNA DONCELLA.................	DOÑA CARMEN CÁRABES.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un cuarto bajo de una casa de aldea. A la derecha, la alcoba de Jacinto. Puerta de entrada al foro, y cerca de ella una ventana.

ESCENA PRIMERA.

JUANILLA sola, cosiendo.

«Juanilla, repásame las calcetas, repásame la chaqueta, repásame los pantalones.»—¡Todo hay que repasárselo á mi dichoso amo!... ¡Reniego de mi estrella!... ¡Haberme hecho Dios ahijada y sirvienta de un avaro!... y á pesar de eso quererle yo como le quiero... Pero Señor, ¿por qué le quiero yo?... ¿porque es maestro de escuela?... no... ¿porque me está debiendo seis meses de salario, y me está matando de hambre y no tengo un mal guardapiés que ponerme los dias de fiesta?... tampoco. Pues entonces, como no sea porque es feo y regañon y. . ¡Ay! ¡qué bien hacen los hombres en decir que somos unas caprichosas!... Hace una hora que se ha metido en su cuarto y le ha cerrado por dentro... ¿Qué hará? (Levantándose.) Yo no soy curiosa, pero de buena gana... (Dá algunos pasos hácia la alcoba al tiempo que sale Jacinto, y ella se detiene.)

ESCENA II.

JUANILLA, JACINTO.

JAC. (Con tono brusco.) ¿Qué haces ahí?

JUAN. ¿Yo?... iba...

JAC. Apostaria que has estado mirando por el agujero de la llave.

JUAN. Pues apostaria usted mal.

JAC. ¿Qué es lo que has visto? responde.

JUAN. Como que no he mirado, no he visto.

JAC. ¿Y á mí qué me importa que mires?... ¿crees que tengo algo que tapar?... Si por cierto; ya puedes mirar cuanto te dé gana... Quisiera que la casa fuera de vidrio, para que esos que creen que yo tengo el oro y el moro, viesen la miseria en que vivo. (Jacinto se pone á arreglar los libros, á cortar las plumas, etc.)

JUAN. Diga usted, señor, ¿y cuándo nos desayunamos?

JAC. (Fingiendo que ha oido mal.) ¿Que si ayunamos?... ayuna si quieres... yo no me opongo á que sigas observando tus prácticas piadosas.

JUAN. Si no digo eso... si yo hablaba del desayuno.

JAC. ¿Desayuno?... ¡ah! si... ¿Pues qué, ya es hora?

JUAN. Yo lo creo... y mas que hora... acaban de dar las nueve en el reloj de la iglesia.

JAC. ¡Y con qué cara lo dice! (Imitándola.) Acaban de dar las nueve en el reloj de la iglesia... parece que se va á tragar el reloj... Vamos, glotona, saca ahí lo que quedó de la comida de ayer.

JUAN ¿Lo que quedó?... Pero, señor amo, si ayer comimos con lo que quedó de anteayer... y de aquello que quedó ya no queda náa.

JAC. ¡Vaya un derroche! ¡Dios mio! ¡vaya un derroche! Mira, Juanilla, si das en comer tan sin tino, te pronostico que antes de seis meses te vas á poner hecha un cebon.

JUAN. Déjese usted de eso, y dígame pronto lo que he de hacer.

JAC. ¿Para comer?... Mira, puedes aviar un plato de lentejas.

JUAN. Bueno... para comer, lentejas... ¿Y qué mas?

JAC. ¿Cómo qué mas? ¿te parece poco?

JUAN. No... quiero decir: ¿y para almorzar?

JAC. Almorzaremos cuando comamos.

JUAN. (Separándose de su amo con mal humor.) Es que yo tengo hambre.

JAC. Asi comerás mejor... Sobre todo, no andes mucho por el pueblo, no te canses, no hagas mucho ejercicio... que es malo para la salud.

JUAN. Si, y se abre el apetito... Pues ya que no sea otra cosa, déme usted al menos el salario.

JAC. ¡Eh! ¡Ahora salimos con el salario!... Muchacha, tú no sabes hablar mas que de cosas desagradables... ya trataremos de eso mas adelante.

JUAN. ¿Mas adelante?... Es que en broma me está usted debiendo seis meses.

JAC. ¡Seis meses!

JUAN. Justito: lo he visto en el calendario.

JAC. ¡En mi calendario! Le voy á cambiar, porque veo que adelanta.

JUAN. Yo necesito dinero.

JAC. ¡Dinero!... ¡Toma! yo tambien... ¡Me gusta la razon!... Todo el mundo necesita dinero... si tú crees que basta con necesitarlo.

JUAN. Usted es mi amo, y si no me paga usted se lo diré á mi padrino.

JAC. Si; pero como tu padrino soy yo, tu padrino te contestará que tu amo tiene razon.

JUAN. ¿Qué es lo que me prometió usted cuando me encontré sola en el mundo?

JAC. Yo no te prometí nada... te dije únicamente: «Juanilla, eres mi ahijada y debo servirte de padre..... ¿quieres servirme de criada?»

JUAN. Y ademas añadió usted: te daré diez y seis reales de salario al mes, cama, mesa y ropa.

JAC. ¿Y qué?

JUAN. ¿Y qué? Que desde esa época usted no permite que en esta casa se encienda ni luz ni fuego; me da usted muy poco de comer, y estoy desnuda.

JAC. ¡Oh! ¡desnuda!

JUAN. Y ademas no me paga usted mi salario... ¡Vaya un acomodo!

JAC. (Ap.) ¡Esta chica es insaciable! (De repente.) ¡Ah!... me voy á casar con ella... Asi tendré criada y mujer en una pieza... y me ahorro cuatro pesetas al mes. (Alto.) Di,

Juanilla.

JUAN. (Desde el foro.) ¿Manda usted, señor amo?

JAC. ¿Qué te parezco yo?

JUAN. ¡Jée!... ¿lo digo?... Un tantico avaro.

JAC. No es eso... te pregunto qué tal te parezco, si te peto.

JUAN. (Acercándose.) ¡Oh, la verdad, me gusta usted unas miajas!

JAC. Pues mira, podemos hacer una cosa... casarnos.

JUAN. (Sobrecogida de alegria.) ¿Qué?... ¿qué dice usted? ¡Ay, Dios mio de mi alma!... ¿es verdad eso?

JAC. Si, hija mia, yo soy asi... Haz tus ahorrillos, búscate un dote, y como me llamo Jacinto Perez que serás mi mujer.

JUAN. ¡Su mujer de usted, padrino! ¡Ay, qué alegria, qué gusto! (Cambiando de tono.) Pero diga usted... si no me paga usted mi salario, ¿cómo quiere que haga dote?

JAC. Eso á mí no me importa, yo no tengo que entrar en esos pormenores... pero mi palabra es palabra... y lo prometido es deuda. Anda á guisar las lentejas.

JUAN. Bien, padrino; bien, señor... señor marido. (Volviendo.) ¡Ah! ¿pero y el dinero?

JAC. ¿Cuál?

JUAN. El dinero para las lentejas.

JAC. ¡Dinero! ¡dinero! Siempre con esa palabra.—¡Toma, ahí tienes dinero, manirota!

JUAN. ¡Un realito! ¡y apenas se conocen las armas! De fijo voy á tener una pendencia en la tienda. (Al marcharse.)

JAC. ¡Ah! oye, cuidado con la vuelta... y mira bien la moneda. (Váse Juanilla por el foro.)

ESCENA III.

JACINTO solo.

Héteme ya solo... lo que se llama solo... Vamos... pero asegurémonos antes. (Va á cerrar la puerta, y en seguida mira afuera, entornando la ventana.) Si .. no hay nadie... Volvamos á contar. (Siéntase al lado de una mesita, á la derecha, va sacando dinero del bolsillo, y cuenta.) Una, tres, cinco, siete, diez, quince, veinte, treinta, treinta y cinco. ¡Treinta y cinco pesetas!... ¡Siete duros!... Todos mis discípulos me han pagado, excepto Matias, que me está

debiendo doce cuartos. (Levantándose.) Con esto vengo á juntar cien mil doscientos veintidos reales. ¡Oh! ¡la economia, la economia! Nadie creerá que asi, yendo juntando cuarto á cuarto y ochavo á ochavo, se puede llegar á tener miles de duros. (Sentándose al borde de la mesita, y restregándose las manos de gusto, dice en seguida como recordando.) Y eso que ha habido un dia en que he estado á pique de echarlo todo á rodar... ¡Oh, si Madrid es una perdicion!... ¡Qué bien hice de romper enteramente con mi antiguo amigote... el peluquero del Teatro Real... un miserable que me llevó varias veces entre bastidores!... ¡á mí! ¡á mí! Me parece estar viendo todavia á aquella mujer... ¿Seria mujer? No lo sé á punto fijo. Tenia un traje que bajaba mucho por arriba, y subia mucho por abajo... (Entusiasmándose gradualmente.) Yo no he visto trajes asi en ninguna parte... Pero no es el traje lo que yo he visto... Lo que me parece estar viendo aun, lo que estaré viendo toda mi vida... no puede decirse... no puede describirse!... ¡Era una cosa ideal, fabulosa!... ¡Era tan bello!... que al dia siguiente, despues de haber estado soñando toda la noche, me eché fuera de casa como un maniático, como un loco... y me dirigí maquinalmente hácia el Teatro Real... Al llegar allí me paro, y me quedo de repente extático... Una mujer estaba subiendo en un coche... la ví no mas que la entrada de la canilla y la reconocí!... ¡La naturaleza no ha formado tres piernas como aquella desde la creacion! Me lanzo hácia ella... pero el coche echa á andar... se me escapa... ¡Oh dicha! allí hay un puesto... voy á tomar un pase... Me costará una peseta; pero ¿qué importa... Yo no estaba en mí... estaba loco...—«Cochero, tome usted esa peseta y siga usted á aquel coche... —Entonces son dos pesetas: tiene usted que tomarme á la hora.—No, señor, que no es mas que una carrera. —Si, señor, que hay que ir siguiendo.—Venga la tarifa.»—Y vemos la tarifa, que no resuelve el caso; y entre estas y las otras el carruaje donde iba ella se me escapa... ¡y todo por una peseta! (Con jovialidad.) Pero no me pesa... esa peseta mas tengo, juntita con las otras. Y ahora que estoy solo voy á darlas un vistazo. (Entra en su cuarto, del cual vuelve á salir á poco con una cajita de madera, que aparenta pesarle mucho.) ¡Aqui estais... aqui

está mi gloria, mi embeleso! (Abre la caja y saluda á las monedas) ¡Buenos dias, hijos mios, pedazos de mi corazon!... No tengais miedo... salid, salid aqui... que nadie os vé. (Saca un puñado de monedas y al mismo tiempo llaman á la puerta.) ¡Jesucristo! (Cerrando bruscamente la cajita.) ¿Quién será? ¡Guardemos pronto! Vuelven á llamar. (Tapando la cajita con el vestido y metiéndose en su cuarto.) ¡Ya van! ¡ya van!... ¡Qué prisa traen!... (Volviendo á salir.)

BUST. ¿Abre usted, con mil santos? (Dentro.)

JAC. Allá voy, digo. ¡No le han de dejar á uno un instante con su familia! (Va á abrir.)

ESCENA IV.

JACINTO, BUSTAMANTE.

BUST. (En el cancel.) ¡Canario! gracias á Dios.

JAC. (Cerrándole el paso.) ¿A quién busca usted?

BUST. ¡No es usted poco pesado para abrir!

JAC. ¿Quién es usted? ¿á quién busca usted?... No hay nada que dar... Dios le ampare.

BUST. ¿Cómo dice usted?

JAC. Digo que no sé quién es usted, y que por lo tanto...

BUST. ¡Si creerá usted que á mí me hace gracia tener que venir á verle!

JAC. Pues si no le hace á usted gracia... lo celebro. Ni á mí tampoco su venida... Ya puede usted tomar el portante.

BUST. ¿Me echa usted?

JAC. Si por cierto.

BUST. ¿Me echa usted cuando le traigo dos millones de reales?

JAC. (Quedándose extático.) ¡Jesus!... ¡Dos mi...

BUST. llones...

JAC. de re...

BUST. ales!

JAC. (Cogiendo de repente una silla y colocándola entre Bustamante y la puerta.) Tenga usted la bondad de tomar asiento..... estará usted cansado.

BUST. No, señor, me voy... (Haciendo ademan de irse.)

JAC. (Cerrando la puerta.) ¿Me hace usted el favor de sentarse al momento?

BUST. Una vez que usted se empeña.

JAC. (Con ansiedad.) Pero vamos á ver, no decia usted que me

traia...

BUST. Dos millones de reales... Si, señor, lo cual me pesa mucho... ¡Si supiera usted como me pesa!

JAC. Pues déjelos usted... no tiene mas que entregarme de seguida...

BUST. ¿El qué?

JAC. Los dos mill...

BUST. ¡Ah! usted se ha creido que vengo con dos millones en el bolsillo, para decirle no mas: «Tome usted, hágame el obsequio de aceptar esos dos millones de reales y buenas noches...» Pues me gusta, es preciso que sea usted tonto.

JAC. Pero caramba, quién es usted, qué quiere usted?... se explicará usted al fin... señor mio.

BUST. Yo me llamo Genaro Bustamante... soy agente de negocios... y marido de una mujer preciosa... un ángel... que acaba de casarse conmigo por amor...

JAC Por amor... con usted!

BUST. Si, señor... por amor... y no por los intereses.

JAC. ¿Y á mí que me importa por lo que se haya casado?

BUST. Pero á mí me importa usted... usted ha venido á anublar mi luna de miel... á amargar el pan de mi boda, porque estaba comiéndole pacíficamente cuando he recibido el testamento de su primo...

JAC. ¿Mi primo Esteban ha muerto? (Con viveza.)

BUST. Desgraciadamente... puesto que me ha encomendado su testamento, que instituye á usted por su único heredero...

JAC. ¡Ah! ¡qué excelente primo!... ¡mi buen primo!... ¡mi excelente primo!... Yo le haré decir muchas misas... y si no oraciones que rezaré yo mismo, y me saldrá mas barato.

BUST. Aqui tiene usted el testamento.

JAC. ¡Ah! querido señor... (Interrumpiéndose.) ¿Cómo me ha dicho usted que se llamaba?

BUST. Bustamante, agente de negocios.

JAC. Agente, eso es... ¡Ah! querido señor agente... ¡leamos, leamos pronto!... Ya escucho... quisiera tener diez orejas. (Van á sentarse al lado de la mesa.)

BUST. (Que acaba de abrir el testamento, leyendo, de mal humor.) Este es mi testamento.

JAC. ¿El de usted?

BUST. ¡Eh! no... el del primo... yo soy quien lee, él, quien habla.

JAC. ¡Ah! bien... lo prefiero.

BUST. «En el nombre de Dios, etc.» Suprimo las fórmulas. (*Leyendo.*) «Instituto por heredero universal á mi primo Ja- »cinto Domingo Perez.»

JAC. ¡Heredero universal!... ¡Ah! ¡la emocion... tengo miedo de ponerme malo!

BUST. ¡Calle usted! (*Continuando su lectura.*) «Pero habiendo te- »nido toda mi vida queja de la avaricia de mi primo, que »es un roñoso, un miserable, un verdadero tacaño.»

JAC. ¿Dice eso?

BUST. Dice tacaño con todas sus letras. (*Continuando.*) «Le im- »pongo una condicion.»

JAC. (*Inquieto.*) ¡Una condicion!

BUST. ¡Silencio! (*Continuando.*) «La historia de los dos es la si- »guiente. En el año de mil ochocientos cuarenta y tres, »heredamos ambos los bienes de nuestra tia Marcelina, »de cuya herencia nos tocó sesenta mil reales á cada »uno. Yo disipé mi parte en pocos meses en locuras y »diversiones. Mi primo, por el contrario, ocultó su »parte.»

JAC. Eso no es verdad, yo nunca he tenido un cuarto; no conozco el color del oro.

BUST. ¡Silencio! (*Continuando.*) «Ocultó su parte, y cuando me »quedé pobre, y le pedí que me ayudase, me cerró su »puerta y hasta me negó un pedazo de pan.» (*A Jacinto.*) ¿No se le cae á usted la cara de vergüenza?

JAC. Continúe usted, agente, continúe usted.

BUST. ¡Qué parientes! quite usted allá.

JAC. ¡Caballero!

BUST. ¡¡Puak!!

JAC. Cuidado con...

BUST. Continúo. (*Leyendo.*) «Me embarqué para América, y co- »mo otros muchos he tenido la suerte de hacer en la »Habana una gran fortuna.»

JAC. ¡Y todavia se queja de que yo le cerrase mi puerta!... ¡ingrato!

BUST (*Continuando.*) «Desgraciadamente yo he sido el reverso »de mi primo. Posesor de un caudal de ocho millones de »reales me volví á España, y en el espacio de diez me- »ses he acabado con mi capital y con mi vida... En fin,

»me muero, y lo confieso, muero con el sentimiento de »dejar á mi primo una fortuna de dos millones de »reales...»

JAC. ¡Dos millones de reales!

BUST. Espere usted, espere usted... (Leyendo.) «Hé aqui la »condicion que le impongo...»

JAC. ¡Ah! ¡si! la condicion... Veamos.

BUST. (Leyendo.) «He hecho mis cálculos, y creo saber que á la »hora de mi muerte, Jacinto Domingo Perez, que no ha »tocado á la herencia de nuestra tia, ha debido aumen»tarla con el dinero que gana como maestro de escuela, »y es posesor en el dia de una suma de cien... mil »reales.»

JAC. ¡No es verdad! ¡yo no tengo nada!... no poseo nada... ¡soy un pobre vergonzante!

BUST. Pierde usted el tiempo, porque no le escucho... Continúo. (Leyendo.) «Ahora bien, esta cantidad, que ha em»pleado quince años en juntar y aumentar, privándose »de todo, (Marcando estas palabras.) quiero que se la gaste »en tres dias.»

JAC. ¡En tres dias!... no puede ser... yo he oido mal.

BUST. Calle usted, hombre, y no me turbe.

JAC. ¡Usted es el que me turba!... Cien mil reales en tres dias!

BUST. (Levantándose y continuando.) «Quiero que durante esos »tres dias lleve la vida que yo he llevado... que durante »esos tres dias, gaste cien mil reales en diversiones, en »prodigalidades, en locuras de toda especie.»

JAC. Yo, gastar... ¡nunca! ¡nunca! (Se deja caer en una silla.)

BUST. «Con esa condicion solamente, le instituyo mi heredero »universal.»

JAC. ¡Pero señor, si es imposible!... ¡Cien mil reales en tres dias!... Se habrá equivocado. (De repente) ¡Ah! ya sé. (Se levanta.) Cien mil dias á tres reales es lo que ha querido decir... ¡Ah! ¡eso si! eso se comprende... y yo haré... por hacerlo.

BUST. Cien mil reales en tres dias... el testamento está en toda regla... Ademas hay aqui un párrafo que me concierne. (Jacinto va á sentarse á la izquierda. Leyendo.) «Para »estar seguro de que mi postrera voluntad será fiel y »exactamente cumplida, nombro ejecutor testamentario »á don Genaro Antonio Bustamante, agente de negocios

»en Madrid (servidor de usted)... encomendando á su »cuidado el de fiscalizar dia por dia, hora por hora, mi»nuto por minuto, la conducta de mi primo durante esos »dias... encargándole ademas de anotar y llevar cuenta »de los gastos, y no consintiendo en separarse de él si»no en aquellas circunstancias delicadas en que la pre»sencia de un agente de negocios no es necesaria...»

JAC. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

BUST. *Artículo último.*—«Si al espirar el tercer dia, los cien »mil reales no estuviesen gastados y no lo hubiesen si»do en placeres, fiestas, lujo y trapisondas... alegre»mente en fin... toda mi fortuna volverá á entrar en el »dominio público.»

JAC. (Levantándose.) ¡Ah! yo voy á perder el juicio... es para volverse loco.

BUST. ¡Cómo! ¿no se regocija usted? no me echa usted los brazos al cuello?

JAC. (Ap.) Si, para ahorcarte... lo haria de buena gana. (Alto.) Pero señor; eso es un abuso... Obligarme ese hombre á hacer las locuras que él no ha podido hacer ya, porque se ha muerto.

BUST. Yo no tengo que ver en eso. Decídase usted ó no se decida, á mí me es igual. En ambos casos, me han pagado ya la vigilancia que he de ejercer sobre usted... Cien mil reales en tres dias, hacen treinta y tres mil trescientos treinta y tres reales con treinta y tres céntimos al dia... con mas, un céntimo que le perdono á usted desde ahora. Conque cuando quiera puede empezar; yo ya estoy pronto.

JAC. Pero, hombre de Dios, déjeme usted al menos tiempo para volver en mí, para acostumbrarme á la idea... me coge usted de improviso, es un despojo... un...

BUST. Señor don Jacinto... son las once de la mañana y hoy es el primer dia... le concedo á usted un cuarto de hora para reflexionarlo. No se olvide usted de la cantidad: treinta y tres mil trescientos treinta y tres reales y treinta y tres céntimos. Páselo usted bien. (Váse.)

ESCENA V.

JACINTO solo.

¡Yo! ¡yo!... gastar en un dia... ¡No!... ¡jamás! Mis pobrecitas onzas, mis queridas doblillas que yo he ido juntando con tanto trabajo .. ¡que yo palpaba con tanto amor!... ¡habia de abandonarlas por otras monedas á quienes yo no conozco y que no me conocen!... ¡Con todo, dos millones de reales!... ¡cien mil duros!... ¡con el cuño de ahora, que es tan bonito!... ¡ó en billetes de banco, que no ocupan nada!.. ¡Qué Caton me voy á hacer!.. pero no el de la antigüedad... no... ¡Oh! ¡estoy delirante! ¡estoy arrebatado! (Queda sumido en sus reflexiones.)

ESCENA VI.

DICHO, JUANILLA.

JUAN. (Con un platito.) Aqui estan las lentejas, padrino.

JAC. (Pensativo.) Cien mil lentej... ¿Eh?... ¿qué?... ¿las lenjas?... Para lentejas estamos... Juanilla, ven aqui. ¿Qué es lo que podriamos comer ahora mismo bueno y caro?

JUAN. (Asombrada.) ¿Caro y bueno, señor amo?... En primer lugar... podriamos... pero ¡cá! eso seria mucho.

JAC. Di, sin embargo.

JUAN. ¡Oh! ¡que no! que me va usted á regañar!

JAC. ¿Quieres decirlo y dejarme en paz?

JUAN. Pues bien, padrino... ¡unas buenas migas!

JAC. Unas migas no es mala idea... con un torrezno.

JUAN. (Con tono bobalicon.) ¿Torrezno, padrino?

JAC. ¡Si, pazguata!... y salchicha.

JUAN. ¡Salchicha!... ¡oh! eso si que no... usted tiene gana de broma.

JAC. No me chancèo, y la prueba... (Sacando dinero del bolsillo.) Mira: ahí tienes una peseta... (Id.) dos pesetas... (Id.) tres pesetas.

JUAN. ¡Tres pesetas! Vamos, esto es por reir.

JAC. No, anda, anda... (Bajo.) ¡Ah! si queda despues algo, apártalo para mañana... No; quiero decir, cuidado con que me quede nada para mañana.

JUAN. ¿De verdad, padrino?

JAC. Te digo que te planto de patitas en la calle si no tienes mucha hambre.

JUAN. (Yendo á la puerta.) ¡Oh! si no es mas que eso...

JAC. Pero ahora pienso... no será bastante.

JUAN. ¡Que no será bastante!

JAC. No... es preciso... Mira, pásate por casa del zapatero de los porches y dile que me traiga unos zapatos nuevos.

JUAN. ¿Zapatos nuevos?...

JAC. Si, con cordones para abrochar.

JUAN. ¡Zapatos con cordones!!

JAC. ¡Ah!... te pasarás tambien por casa del tio Godino y le dirás que me traiga una chaqueta ó un casaquin.

JUAN. ¿Un casaquin, padrino?

JAC. Y una gorra.

JUAN. ¡Una gorra nueva!!

JAC. ¡Nuevecito todo!... yo soy asi.

JUAN. ¡Padrino!... pero padrino... ¿está usted malo?

JAC. A tí no te importa... anda pronto.

JUAN. Vamos, ya veo lo que es. (Gimoteando.) Usted se está burlando de mí... y por eso... por eso quiere que haga tonterias para despedirme.

JAC. ¡Ah! ¡otra buena idea!... ¿Cuánto te debo, Juanilla?

JUAN. A mí, señor... me debe usted seis meses.

JAC. Seis por cuatro veinticuatro... veinticuatro pesetas son noventa y seis reales... ahí tienes tus noventa y seis reales.

JUAN. ¡Pues es verdad!

JAC. Y desde hoy te aumento dos pesetas de salario al mes.

JUAN. ¡Jesus, Dios mio!

JAC. Anda, y no olvides nada: los zapatos, la gorra, la chaqueta, las migas, el torrezno, la salchicha... anda aprisa á buscar todo eso.

JUAN Si, señor, voy... voy corriendo á buscar... á buscar al médico. (Váse.)

ESCENA VII.

JACINTO solo.

¡Qué dia, señor, qué dia!... ¡Me abraso... me ahogo... tengo frio... estoy tiritando! ¡Qué locuras, qué despil-

farro. .. Pero es preciso... es una necesidad. ¡Dos millones! Ya me parece estarlos viendo en ochentines, y los cuento, y los recuento, y bailo con ellos. ¡Tarará... tararí... tarará!... (Baila.) ¡Qué gusto!

ESCENA VIII.

JACINTO, BUSTAMANTE.

BUST. (Saliendo.) Sr. D. Jacinto Domingo Perez, ya ha espirado el cuarto de hora.

JAC. ¡Ah! ¡es el agente!

BUST. ¿Ha tomado usted su resolucion?

JAC. Si, agente, si, y he empezado ya á ponerla en práctica. ¡Oh! cuando yo me decido... Saque usted su cartera y empiece usted á apuntar.

BUST. (Sentándose al lado de la mesa, abriendo su cartera y preparándose á escribir en ella.) ¿Con que decimos?.. (Ruido dentro.)

JAC. ¡Ah! precisamente aqui llegan mis adquisiciones.

ESCENA IX.

DICHOS, MATEO, GODINO y HOMBRES DEL PUEBLO. Los aldeanos se quedan á la puerta.

JAC. ¡Hola! señores, pasen ustedes adelante.

MAT. Buenos dias, don Jacinto... aqui nos manda la Juana... pero es perder el tiempo... los zapatos que me ha encargado son muy caros pa usted.

GOD. Yo creo que ha sido una *groma*.

JAC. (Burlándose de él.) ¿Una *groma*, eh? (Ap.) ¡Habrá cernícalo! Pues no, señores, no ha sido broma... ¡Si se habrán ustedes figurado que yo soy un hombre roñoso y miserable! .. Ahora se desengañarán. Vamos á ver, tio Mateo, ¿cuánto son esos zapatos?

MAT. Pa usté, señor maestro... catorce riales.

JAC. ¡Catorce reales!... ¡catorce reales un par de zapatos!... Por ese dinero tengo unas botas de charol... Ea, lo último para no perder tiempo.

MAT. Pues, señor, lo último son tres pesetas, y eso por ser pa usté... ¿Acomoda, ó me largo?

JAC. (Deteniéndole.) ¡No!... si yo no quiero regatear... ¡No fal-

taba mas! Con que tres pesetas, ¿eh? (Por lo bajo.) Toma, usurero, toma; pícaro, ahí tienes los doce reales. (A Bustamante.) ¿Está usted, señor agente?

BUST. (Escribiendo.) Si.

JAC. Bien, apunte usted un par de zapatos rusos, catorce reales.

BUST. Doce reales... ya está.

JAC. (Ap.) ¡Maldita sea tu estampa! (A Godino.) A ver, ahora, usted, Godino, cuánto quiere usted por esa chaqueta y esa gorra? (Probándose la gorra.) ¡Vaya una gorra!... esto debe ser casi de balde.

GOD. Esa gorra vale dos pesetas como dos cuartos, y no hay que andarme regateando, porque en mi tienda todo está como en Madrid... precio fijo... setenta riales por la chaqueta.

JAC. ¡Jesucristo! ¡Setenta reales!... ¡Precio fijo! Si, buena moda para que no pueda uno defender su dinero... Tome usted, tome usted, no me hacen falta su gorra ni su chaqueta.

GOD. Pues entonces, podia usted haberme excusao el venir aqui... Ya que usted no la necesita... (Se va á marchar.)

JAC. Lo necesito sin necesitarlo. (Ap.) ¡Qué situacion, Dios mio!—Si compro, gasto, y si no gasto, me arruino.

GOD. Conque vamos, decídase usted, ó ya estoy andando.

JAC. ¡Me las quedo, me las quedo!... judío, pirata! Toma, precio fijo, ahí tienes, sesenta y ocho reales... no tengo ochavos.

GOD. Aspacito... hemos dicho setenta y ocho riales...

JAC. Cómo, ¿ahora aumentas?

MAT. No señor; setenta reales por la chaqueta y ocho por la gorra.

JAC. ¡Hum! un lobo á otro... juraria que habia oido sesenta... ellos le hacen á uno las cuentas que quieren, y le embrollan, y acaba por no entenderse. Ea, ahí va el medio duro, y quitarse de delante.

GOD. ¿No necesita usted alguna otra cosa?

JAC. No, no, muchas gracias; para qué queriais mas dia de fiesta.

MAT. (Llamándole ap.) Una palabra, señor maestro... (En voz baja.) En confianza, ¿le ha caido á usted la loteria?

JAC. (Alto.) ¿Y á usted qué le importa? Déjeme usted en paz.

GOD. (Con sorna al marcharse.) Que sea enhorabuena, don Ja-

cinto.

TODOS. (Idem.) ¡Que sea enhorabuena! (Vánse.)

ESCENA X.

JACINTO, BUSTAMANTE, y á poco JUANILLA.

JAC. (Echándoles.) ¡Habrá canalla como esta! ¡Despues que le sacan á uno los higadillos! (Volviendo á Bustamente.) ¿Ha apuntado usted, agente?.. tres pesetas los zapatos... setenta y ocho reales la chaqueta y la gorra.

BUST. (Escribiendo.) Setenta y ocho reales sin los ochavos.

JAC. ¡Hombre del diablo! ¿cómo sin los ochavos?

BUST. Usted ha dicho: «no tengo ochavos.»

JAC. Porque me faltaba uno.

JUAN. (Saliendo con una cesta.) Padrino, aqui está la compra; un cuarteron de jamon, nueve cuartos; pan, siete cuartos; salchicha, seis cuartos, todo veintidos cuartos.

JAC. ¡Veintidos cuartos!... apunte usted, agente, apunte usted.

JUAN. (Ap.) El médico no estaba en casa... quiera Dios que venga pronto.

BUST. (Levantándose.) Doce reales de los zapatos, setenta de la chaqueta, ocho de la gorra, dos y cinco cuartos del jamon, la salchicha y el pan; total noventa y dos reales y cinco cuartos... Le quedan á usted que gastar hoy treinta y tres mil, doscientos cuarenta y un reales, y cuarenta y cinco céntimos.

JUAN. ¡Dios eterno!

JAC. ¡Ay! ¡Dios de mi alma! pues hemos hecho bastante; asi no puede ser... ¡Ah! ¡otra idea! voy á comprar el majuelo de Castañita, el molino de Tomás, y las mulas del tio Cabezas.

BUST. ¡Poco á poco!... no se permite hacer compras de esa clase; el testamento está terminante; es preciso gastar los cien mil reales en diversiones... ó renunciar á la herencia.

JAC. ¡Renunciar!... ¡primero la muerte!.... si, la muerte. (Fuera de sí.) ¡Ah! quieren que yo me mate... que me suicide... ¡Pues allá voy... en seguida... sin pararme! (Entra en su cuarto.)

JUAN. (Asustada.) ¡Matarse!... ¿qué es lo que dice? ¡Padrino!

(Quiere seguirle.)

BUST. No tengas miedo, muchacha... y déjale hacer... es por su bien.

JAC. (Volviendo á salir con la cajita.) Aqui está, aqui está toda mi riqueza, enterita! ¡Mis onzas de oro!... ¡no quiero verlas! ¡no quiero tocarlas! cerraré los ojos, no tendrán ustedes mas que decirme: ande usted, y verán ustedes qué paso llevan... ¡como los caminos de hierro! ¡Estoy fuera de mí! ¡Tengo vértigos! ¡delirio!... ¡Allá voy!... ¡Ven, Juanilla, vamos á reirnos, y á divertirnos, y á gastar mucho!... (Precipitándose sobre la cajita.) ¡Pobres ahorros mios! ¡dinero de mi alma! ¡onzas de mi corazon! ¡No, no, jamás!... ¡Quítese usted de aqui!... márchese pronto.

BUST. Con mil amores. (Hace que se vá.)

JAC. (Corriendo tras él.) ¡A ese! ¡que se me lleva dos millones de reales!... Quieto, quieto aqui, ladron.

BUST. Suélteme usted, ó pido socorro.

JAC. Perdon... ¿qué es lo que he dicho?... no sé. Juanilla, vamos á hacer locuras, á tirar el dinero por las ventanas... (Llorando.) Nos vamos á divertir mucho, mucho.

BUST. Pero en fin, ¿en qué quedamos?

JAC. Tome usted, tome usted esa caja... ¡yo no miro, no quiero mirar! (Viendo á Bustamante que se acerca á la caja.) No la toque usted, no la toque ó le rompo la crisma.

BUST. ¡Eh! ya me falta la paciencia... Vaya usted al diablo. (Váse.)

JAC. (Dejándose caer sobre la caja.) ¡No! ¡el sacrificio es superior á mis fuerzas!

JUAN. No hay duda, mi pobre padrino se ha vuelto loco.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

EN MADRID.

El despacho de Bustamante. Puerta al foro: idem á derecha é izquierda en la primera caja. A la izquierda, en segundo término, la mesa de Bustamante, rodeada de un biombo. (Este biombo no debe tapar la puerta.) Balcon á la izquierda, en el ángulo de la sala

ESCENA PRIMERA.

DOLORES, UNA DONCELLA. Suena una campanilla y va á abrir la doncella.

DOL. (Saliendo.) Don Genaro Bustamante, un agente de negocios, ¿está en casa?

DONC. No, señora, está de viaje.

DOL. Lo siento... ¿y cuándo volverá?

DONC. Se lo preguntaré á la señora.

DOL. ¿Puedo yo hablarla?

DONC. Aqui sale. (A Eloisa, que sale por la puerta de la izquierda.) Esta señora pregunta por el amo. (Váse.)

ESCENA II.

ELOISA, DOLORES.

ELOISA. Señora, mi marido... (*Mirándola.*) mi esposo... (*De repente.*) Pero ¿qué es lo que veo?

DOL. (*Sorprendida.*) ¡Cómo! ¿eres tú? (*Mirándola tambien.*) ¡Eloisa!

ELOISA. ¡Dolores!

DOL. ¡Esta es buena! Va á hacer tres años que nos separamos una noche á la puerta del vestuario del Teatro Real: desde entonces no nos hemos vuelto á ver. Eras bailarina como yo, y ahora te encuentro en la calle del Cármen, casada y retirada del teatro. Cuéntame esa novela.

ELOISA. (*Sonriéndose.*) ¡Oh! no tiene nada de particular. (*Van á sentarse á la derecha.*) Don Genaro Bustamente...

DOL. Es tu marido, ya lo he oido. (*Sonriéndose.*) Pero cuando nosotras nos conocimos tenias otro novio... un tal Esteban...

ELOISA. ¡Chist! habla bajo.

DOL. Muy buen mozo, por cierto, rubio, con barba y perilla... por mas señas que era un loco, muy gastador y amigo de mi Enrique .. Con que dime...

ELOISA. Pues bien, querida Dolores... aquel Esteban murió.

DOL. ¡Lo que es el mundo!... Mi pobre Enrique no ha muerto... pero está calvo y casado tambien... ¡Es cosa triste! (*Cambiando de tono.*) Pero volvamos á Bustamante.

ELOISA. Volvamos... Bustamante no es jóven ni guapo.

DOL. Me lo figuro.

ELOISA. Pero es un hombre excelente, y asi que empezó á hacerme el amor me habló de casamiento... ¿Qué querias que hiciera? Para tener partido como bailarina es preciso ser francesa ó italiana, y yo soy de la Mancha. Era el momento de decidirse, y me decidí á casarme con Genaro, agente de negocios, que hace el suyo ocupándose de los de otros... Pero tú ¿cómo conoces á mi marido? ¿para qué le buscabas?

DOL. Te diré. Hace tiempo que me hablaron de Bustamante, y me aconsejaron que me dirigiese á él para la venta de un aderezo de que quiero deshacerme... Pero no es eso lo que hoy me trae aqui. Te contaré el caso.

ELOISA. Cuenta.

DOL. Has de saber que, cansada yo tambien del teatro, y habiendo muerto una tia mia que me dejó sus muebles, puse casa de huéspedes. A los pocos dias de ponerla se me presentó un señor portugués, condecorado, que me tomó la habitacion principal y la alhajó á su gusto con un lujo asiático. Hasta hace cosa de dos meses me habia pagado religiosamente: ayer encargó una comida espléndida de doce cubiertos en casa de Lhardy, y me hizo arreglar la sala para dar el convite... y hoy á las diez de la mañana he sabido que se ha marchado por el ferrocarril de Alicante, dejando un sin fin de deudas, la casa sin pagar y la comida encargada...

DOL. ¿Y ahora tienes tú que pagarla?

ELOISA. Si, porque yo fuí á encargarla en su nombre. Pero yo tengo varias razones para no poderlo hacer: me he acordado de tu marido, que es agénte, y he dicho: puede que ese señor Bustamante tenga noticia de alguna persona, de algun personaje extranjero, embajador ó diputado, á quien le convenga el cuarto, los muebles y la comida... ¿Qué te parece mi idea?

ELOISA. Infelicísima, hija. ¿Cómo quieres que asi, de pronto?...

DOL. ¡Bah! en una capital como Madrid, y cuando por cualquier cosa se da un banquete... Pero es el caso que si está fuera... ¿Cuándo debe volver?

ELOISA. Hoy mismo... le estoy esperando. Si quieres aguardar...

DOL. No, querida. El asunto, como comprendes, no admite espera. Voy á recorrer otras casas... Si entre tanto vuelve, háblale de ello y ten la bondad de avisarme... vivo á cuatro pasos de aqui.

ELOISA. ¿Dónde?

DOL. En esta misma calle, frente por frente de tu casa... Mira, desde aqui se vé... Con que adios y que te dejes ver.

ELOISA. Si, adios; hasta luego tal vez. (Cierra la puerta.) ¡Pobre Dolores! ¡Ay, Dios mio! se me ha olvidado encargarla que si nos vemos no hable nunca de Esteban delante de mi marido. (Llamando.) ¡Dolores! Ya no me oye... ha bajado en cuatro saltos la escalera... Ya se vé, una bailarina... (Volviendo á la escena.) Iré en cuanto tenga ocasion á su casa... ya que está tan cerca.

BUST. (Dentro.) Bien, bien; dejad ahí la maleta.

ELOISA. ¡Genaro!

ESCENA III.

ELOISA, BUSTAMANTE.

BUST. (Saliendo por la derecha, en traje de viaje.) ¡Eloisa mia! (Arroja el saco de noche que traia en la mano y abraza á su mujer.) ¡Venga un abrazo! ¡Ah! me has dado la vida... esto rejuvenece... conforta... ¡Ah! qué bueno es respirar el aire puro de su despacho! (A Eloisa.) ¡Otro abrazo, mujer!

ELOISA. ¿Vienes contento de tu viaje?... ¿qué tal el heredero?

BUST. El heredero es un asno... Ahí tienes en resúmen mi opinion sobre él.

ELOISA. ¿Cómo?

BUST. Figúrate que yo te digo á tí: regálale á la criada ese vestido, que yo te traigo cinco nuevecitos...

ELOISA. Cinco por uno... voy corriendo. (Hace que se va.)

BUST. (Con viveza.) ¡No, espera, no le des nada á la criada!... He dicho: supon que te traigo, pero no te traigo nada... Es una manera ingeniosa de hacerte ver la estupidez de ese animal, que no tiene valor de gastarse cinco mil miserables duros para ganarse dos millones!

ELOISA. (Yendo á sentarse á la derecha y poniéndose á bordar.) ¿Dos millones?...

BUST. (Al lado de la mesa, en la cual pone unos papeles.) Escritos con todas sus letras en el testamento de don Esteban Alvarado y Perez.

ELOISA. (Rápidamente.) ¡Esteban Alvarado!

BUST. (Volviéndose.) ¿Le conocias?

ELOISA. No... pero le he oido nombrar.

BUST. Lo creo, porque era un mozo que ha metido ruido en Madrid: siempre en el Casino, en los teatros cortejando á las bailarinas, á las operistas... ¡Ya, ya! ¡se daba una vida!...

ELOISA. (Afectando indiferencia.) Bien, bien... ¿Y dices que su heredero vacila en aceptar las condiciones del testamento?

BUST. El cernícalo anda remiso.

ELOISA. Y en su defecto ¿quién heredará?

BUST. El dominio público, lo cual no le pesará al Estado... ¡Dos milloncitos!

ELOISA. (Con intencion) ¿En fincas? ¿en haciendas?

BUST. No por cierto... en papel y en metálico... billetes... ac-

ciones... créditos...

ELOISA. ¡Ah! ¿con que en papel?

BUST. Si, papel moneda... No vayas á creer que en papel de cartas, y eso que no faltan en la testamentaria... hay un fárrago de ellas.

ELOISA. ¿De cartas? (Levantándose.)

BUST. Por cierto que hay un paquetito, que me ha llamado la atencion, porque está perfectamente lacrado y sellado y pone en el sobre: *Cartas de ella, para guardar.* Son las memorias póstumas, las confesiones de ultratumba de ese calavera.

ELOISA. (Muy inquieta.) Y esos papeles... esas cartas, ¿á quién irán á parar?

BUST. A ese cuadrúpedo, si gana la herencia.

ELOISA. ¿Y si no acepta?

BUST. A mí como ejecutor testamentario.

ELOISA. (Ap.) ¡Cielos!

BUST. ¡Ah! debe ser divertida su lectura.

ELOISA. (Ap.) Soy perdida si llega á ver...

BUST. ¿Qué tienes?... te has puesto descolorida.

ELOISA. ¡Yo!... Es que acabo de acordarme ahora mismo que durante tu ausencia ha venido una señora llamada Dolores.

BUST. ¡Ah! si, una de mis clientes... vecina nuestra. Pues mira, no seria extraño que ella figurase en las tales cartas... es mujer de historia.

ELOISA. No seas mala lengua... yo he prometido avisarla tu llegada, y voy á enviar á Luisa...

BUST. No tiene mas que cruzar la acera: vive ahí enfrente.

ELOISA. (Ap.) Corro á ponerme la mantilla y á prevenir á Dolores.

BUST. ¿Me dejas?

ELOISA. Vuelvo al instante. (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

BUSTAMANTE, á poco JACINTO y JUANILLA.

BUST. Anda, amor mio, y no tardes, porque estoy sin sombra cuando no te veo.

JAC. (Dentro.) ¡Cuidado con tocar á mi maleta! Que nadie la toque.

BUST. (Con viveza.) ¿Eh?... me ha parecido la voz del mas-

tuerzo.

JAC. (Saliendo por el foro.) Repito que nadie toque á mi... (Viendo á Bustamante.) ¡Ah! ¡allí le veo!

BUST. Era él en efecto.

JAC. (Muy espansivo.) Soy yo... yo y Juanilla.

JUAN. Somos nosotros dos

JAC. (Señalando á la caja, que deposita á sus pies.) Somos nosotros tres.

BUST. ¡Parece imposible!... ¿Conque al fin se decidió?

JAC. Asi que se marchó usted, me entró de nuevo el valor y salté de la silla.

JUAN. Saltó de la silla.

JAC. Empecé á echar tacos y reniegos.

JUAN. Dijo: ¡cuerno!

JAC. Me llené de improperios.

JUAN. Se llamó bruto.

JAC. Me llamé bruto, pero no lo pensaba. (A Bustamante) Pensaba en usted en aquel momento. Cogí mi caja, mi chaqueta, mi gorrilla y á Juanilla.

JUAN. Y hemos venido por el camino de hierro.

BUST. ¿En el tren despues del mio?

JAC. (Jactancioso.) ¡Si, señor, en camino de hierro! ¿Eh? ¿qué tal? ¡me parece qne es prueba! aqui no se repara en gastos. Dije á Juanilla, «hija, no hay mas que tirar á arruinarse,» y he tirado á arruinarme... Hemos venido en los coches de tercera clase.

BUST. ¡Pobre infeliz!

JAC. Si, verdad que es uno infeliz en viajar en los coches de tercera. Por fin llegamos y se me presenta un mozo de cordel que quiere llevarme una peseta por cargar con mi maleta!... ¡Pregúntele usted á Juanilla lo que yo le contesté!... pregúntela usted... (Juanilla se levanta.) ¡Quítate de ahí, perdido! crees que vamos á ir á pié.

BUST. ¡Bravo!

JAC. (Con desden.) ¡Una peseta!... Hemos tomado el omnibus, que por dos reales nos ha traido á los cuatro; á mí, á la maleta, á mi caja y á Juanilla.

BUST. (Ap.) Está visto... este alcornoque es incorregible.

JAC. (Que se habrá acercado maquinalmente al balcon, da de repente un grito.) ¡Ah!

BUST. } (Asustados.) ¡Eh!
JUAN. } ¡Ah!

JAC. (Muy agitado.) ¡Es... es... es ella!
BUST. ¿Y quién es ella... la maleta?
JAC. Al tiempo de volverse la he visto... ¡esos ojos, esa boca, esa nariz!
JUAN. ¿Qué está diciendo?
JAC. ¡Oh! es preciso que yo la alcance. (Presentando su caja á Juanilla.) ¡Ten, Juanilla!... No... tenga usted, señor agente... ¡No! tampoco... ¡Tiene usted algun cofre, alguna arca de hierro, con candados y secretos para los ladrones!... No, no, mejor es que no me separe de ella. ¡Pero y la otra!... ¡Ah! corro en su busca. (Váse llevándose la caja.)

ESCENA V.

BUSTAMANTE, JUANILLA.

BUST. ¿Qué demonios tiene?... (Ruido dentro.) ¡Qué le sucede!
JUAN. Que ha rodado la escalera. (Llamándole.) ¡Ay! ¡amo mio de mi alma! ¡padrino!
BUST. ¿Le habrán robado la maleta?
JUAN. No, señor, si está ahí fuera, en la antesala.
BUST. Pues entonces ¿qué es lo que ha visto? (Corre al balcon.)
JUAN. ¿No lo ha oido usted? Ha visto una boca y una nariz.
BUST. ¡Toma! si ha de seguir todas las narices que pasan por la calle...
JUAN. ¿Qué quiere usted? Está lleno de manias. (Mas bajo.) Ya que estamos los dos solitos... (Se pone á mirar con misterio á su alrededor.)
BUST. ¿Qué? (Ap.) ¡Si tendrá esta muchacha intenciones sobre mí!
JUAN. Tengo que decirle á usted una cosa. Mi padrino me lo ha contado todo... pero yo le conozco mejor que usted, y desde ahora le aseguro que no habrá quien le decida á gastar.
BUST. Ya lo veo. He dicho antes que era un cernícalo y no me retracto.
JUAN. El pobrecillo no lo puede remediar... no está en él... y si yo fuese que usted, señor don agente...
BUST. Bustamante, querida, Genaro Bustamante.
JUAN. (Continuando.) Me pondria á gastar en su lugar, sin que él lo echase de ver.
BUST. ¡Calla! ¡magnífica idea! ¡Quién habia de decir que habia

ideas debajo de ese moño!... Muchacha, eso merece una recompensa: toma un abrazo.

JUAN. ¡Eh! cepos quedos... ó...

BUST. ¡Vamos!

JUAN. No se arrime, ó le quito las muelas. (Gran ruido y voces dentro.)

BUST. ¡Eh! ¿qué es lo que pasa ahora? (Corren los dos al balcon.)

ESCENA VI.

DICHOS, ELOISA.

ELOISA. (Presentándose en el foro.) ¡Dolores no estaba! (Viendo á Bustamante, que está mirando por el balcon.) ¡Mi marido!... ¡que no conozca que he salido! (Quítase precipitadamente la mantilla y el chal, que va á dejar en el cuarto de la izquierda, del cual vuelve á salir.)

BUST. (Quitándose del balcon) ¿Qué diablos habrá sido?... ¡Ah! eres tú, Eloisa... ¿Has oido ese ruido? La calle está llena de gente.

ELOISA. No sé... acabo de ver desde mi balcon un gran gentio delante del almacen de loza.

JUAN. (Yendo á ellos.) Será algun coche que habrá entrado.

BUST. No, hija mia; eso les está prohibido expresamente.

ELOISA. ¿Quién es esta jóven?

BUST. La ahijada... del heredero.

ELOISA. ¿Está aqui?

BUST. Acaba de llegar, y nos ha dejado con la palabra en la boca, precipitándose por la escalera como un loco.

ELOISA. (Ap.) ¡Su ahijada!... Tal vez por esta muchacha pueda yo... (Alto.) Ven, hija mia, debes estar cansada; voy á mandar que te den de almorzar y te preparen un cuarto.

JUAN. Pero ¿y mi padrino?

BUST. Él volverá... no hay cuidado. Ande usted.

JUAN. No quiero hacerme de rogar, porque el camino de hierro me ha dado un hambre... (Eloisa se lleva á Juanilla y vánse por la izquierda.)

ESCENA VII.

BUSTAMANTE, á poco JACINTO.

BUST. Eso es, Eloisa, cuida de la aldeanilla.

JAC. (Ha cambiado completamente de traje, y trae un sombrero de color de chocolate, un gaban, chaleco y pantalon de colores chillones. Sale precipitadamente por el foro y viene á dejarse caer sobre una silla, diciendo con voz ronca) ¡Mil doscientos ochenta y seis reales!

BUST. (Yendo á él.) ¡Eh! ¿qué pasa?

JAC. (Gritando.) Mil doscientos ochenta y seis reales, le digo á usted.

BUST. (Gritando tambien.) ¡No entiendo, le digo yo!

JAC. (Levantándose y colocando la caja en una silla de la izquierda.) ¡Agente!

BUST. ¡Bustamante!

JAC. ¡Me han robado! ¡me han asesinado!

BUST. Explíquese usted.

JAC. ¡Era ella, agente!

BUST. ¿Quién es ella?... ¡Ah! la de las narices.

JAC. Las narices, la boca, los ojos, el talle, la pierna, todo eso atravesaba la calle para entrar en una casa de enfrente.

BUST. ¿Con que, en fin, era una mujer?

JAC. No... una estátua antigua... una cariátide.

BUST. ¿Una cari... qué?

JAC. ¡Una cariátide, ignorante!

BUST. ¿Que usted habia ya visto?

JAC. En el Teatro Real... muy descotada...

BUST. (Con viveza.) En el Teatro Real... ¿y entraba en la casa de enfrente?

JAC. Cuando yo me tiré por la escalera abajo.

BUST. (Ap.) ¡Era Dolores... la conoce!

JAC. Me lanzo á la casa, entro en el portal, quiero subir; pero un feroz portero sale de su cueva, me cierra el paso y me pregunta... por quién pregunto. «Por la señora que acaba de entrar, le contesto: es mi hermana...» y quiero separar aquel obstáculo. «No se pasa por la escalera principal llevando chaqueta y gorra,» depone el obstáculo, con voz aguardentosa, blandiendo una enorme escoba, llena

de malas intenciones...«Suba usted por la escalera interior.» «Pero si mi hermana ha subido por esta.» «No se sube por aqui de chaqueta ni de...»—Mientras me decia estas palabras, diviso... ¡ay, amigo agente, eso es lo que me ha perdido!... diviso á cuatro pasos de la casa una roperia. Entonces, sin reflexionar en lo que hacia, entro en la tienda, me precipito dentro de este gaban, invado estos pantalones, me encasqueto este sombrero, que tenia puesto un muñeco en la muestra, y echo á correr sin pagar.

BUST. ¡Sin pagar!

JAC. ¡En eso pensaba yo!—Salen disparados detrás de mí un batallon, una escuadra, un ejército de horteras: me persiguen, me acosan, me agarran, me registran á la fuerza... ¡y me sacan diez y seis duros y medio!... Yo me dejé hacer: no tenia ya la conciencia de mi dinero. Vuelvo á la escalera... el mismo obstáculo, la misma escoba, la misma voz vinosa, que me responde: «Esa señora acaba de salir por la escalera particular.»

BUST. ¡Caramba!... ha estado usted en desgracia. Haber corrido detrás de ella.

JAC. Eso hice... pero ¡plam! ¡trum! ¡tris! ¡tris! ¡tris! ¡tris! (*Se cubre el rostro con las manos.*)

BUST. Quedo enteradc.

JAC. En mi desatentada carrera tropiezo con un mozo de cordel, cargado con una banasta.

BUST. ¡Ah! ya entiendo: ¡plam!

JAC. Que cae sentado sobre el... canasto.

BUST. ¡Trum!

JAC. (*Con voz desgarradora.*) El cual iba lleno de cristales.

BUST. ¡Tris, tris, tris, tris!

JAC. Todo se hizo añicos.

BUST. Es lo que suele suceder á los cristales... Prosiga usted.

JAC. El mozo se levanta... viene sobre mí... me da un empellon...

BUST. ¿Contra alguno que pasaba?

JAC. ¡Ojalá!... eso no cuesta dinero... ¡contra un almacen de loza!

BUST. ¡Tómate esa! ¿Y cayó usted?

JAC. Sobre el escaparate, rompiéndolo todo, y vine á quedar con el codo derecho metido en una ensaladera, la cabeza en una fuente y el... medio cuerpo en una gran vasija,

destinada á poner macetas.

BUST. ¡Qué cambio de destino!... Y todo ello le ha estado á usted en...

JAC. (Gritando.) Mil doscientos ochenta y seis reales; ya se lo he dicho á usted.

BUST. (De repente.) Pues bien, ¡bravo!... ya está usted lanzado, ya está usted en ello.

JAC. ¿Cómo?... ¿qué dice usted?

BUST. Siga usted á ese paso, continúe usted, y ya ha ganado el primer dia.

JAC. (Regocijado.) ¡Pues es verdad... tiene razon... ya estoy, ello va solito! (Cambiando de tono.) ¡Pero á qué precio!... (Va á sentarse á la izquierda en el mayor desconsuelo.) Mil doscientos ochenta...

BUST. Y seis reales, ya lo he oido. (Acercándose á él.) Vamos á ver... diga usted... ¿usted ha venido á Madrid con intencion de gastarse los cien mil reales?

JAC. Si, agente, si.

BUST. ¿Y no puede lograrlo?

JAC. No, agente.

BUST. Pues bien. (Ap.) Pongamos en juego la idea de la muchacha. (Alto.) Figúrese usted que entra en casa de un dentista para que le saque una muela... ¿qué sentiria usted al sacársela?

JAC. Un dolor de todos los demonios.

BUST. ¿Y si el sacamuelas ofreciese extraérsela sin que usted lo sintiera?

JAC. (Mirándole.) Aceptaria desde luego.

BUST. Bien. Yo soy el operador de que hablamos: usted tiene cien mil reales en la boca, y yo me brindo á sacárselos... sin dolor.

JAC. Pues bueno, eso me acomoda. (Se levanta y dice con resolucion.) Si, arránquemelos usted sin avisarme, sin que yo lo sepa; arránquemelos usted, agente.

BUST. ¿Está dicho?

JAC. Esta dicho.

BUST. Pues hasta la vista. (Ap.) Ya verás. (Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

JACINTO, á poco ELOISA.

JAC. (Dirigiéndose al foro.) ¡Si, vaya usted, corra usted, es decir, no, deténgase usted! (Quiere echar á correr detrás de Bustamante y mira á la caja.) ¡Pero y ella!... ¡no quiero que salga de aqui!... ¿Dónde meterla? ¿dónde esconderla? (Oculta la caja en un armario, al cual quita la llave, y se deja caer sobre una silla.)

ELOISA. (Saliendo por la izquierda.) Está solo... pero ¿cómo decirle á este jóven, que no me conoce, que no me ha visto nunca?...

JAC. (Viéndola de repente.) ¡Cielos!

ELOISA. (Asustada.) ¿Qué es?

JAC. ¡Quieta! no se mueva usted.

ELOISA. ¡Caballero!

JAC. ¡No se mueva usted por Dios!

ELOISA. ¿Qué le ha dado?

JAC. (Como encantado.) Usted aqui... en una agencia de negocios... ¿cómo... por qué?

ELOISA. (Ap.) No sabe quién soy.

JAC. La encuentro á usted aqui... yo, que no he podido penetrar en su casa.

ELOISA. (Asombrada.) ¿En mi casa?

JAC. Si, la de ahí enfrente... la del portero de la escoba... Yo, que he corrido detrás de usted, atravesando un mozo de cordel y un almacen de loza!

ELOISA. (Ap.) ¿Pero qué está diciendo? (Alto.) ¿Usted ha corrido detrás de mí? ¿Pues usted me conoce acaso?

JAC. (Con entusiasmo.) ¡Si la conozco á usted!... hace dos años, en el Teatro Real, el amigo del peluquero.

ELOISA. Algun aficionado al baile. (Ap.)

JAC. Cuando pienso que hace dos años que he debido hablarla á usted, y todo se deshizo por una peseta.

ELOISA. ¡Una peseta!

JAC. Pero eso ya pasó. ¡He vuelto á encontrar á usted! ¡vuelvo á verla! puedo en fin echarme á sus... (Mirando á su alrededor.) ¿Estamos solos? si. ¿No hay nadie? no. Puedo. (Se echa á sus pies.)

ELOISA. ¡Caballero!...

JAC. ¡No se mueva usted, ay! ¡no se mueva usted!

ELOISA. ¿Pero qué es lo que usted quiere?

JAC. ¿Qué es lo que quiero? (Mirando de nuevo.) ¿Estamos solos? si, ¿no hay nadie? no; me arriesgo. (En el paroxismo de la pasion.) ¿Se acuerda usted?... ¿Se acuerda usted de aquel vestido diáfano que apenas empezaba por arriba, y se concluia al instante por abajo?

ELOISA. Caballero... (Ap.) Ahora verás. (Alto.) ¿Usted quiere decirme que me ama? ¿no es esto?

JAC. ¡Si, oh, si!

ELOISA. ¿Y sabe usted lo que yo á mi vez quiero?

JAC. ¿Qué?

ELOISA. Usted va á heredar...

JAC. ¡Canario! (Inquieto y levantándose.)

ELOISA. A un primo suyo.

JAC. ¡Cáscaras! (Ap.)

ELOISA. ¡Que le ha dejado dos millones de reales!

JAC. ¡Cuerno! (Id.)

ELOISA. (Mas bajo.) Su primo de usted fué novio de una jóven...

JAC. ¡Ah! (Tranquilizado.)

ELOISA. ¡De la cual ha conservado las cartas!

JAC. ¡Ya!

ELOISA. Cartas que pueden comprometer á una mujer casada.

JAC. ¡Oiga!

ELOISA. Pues bien, esas cartas son las que quiero.

JAC. ¡Qué! ¿es usted?

ELOISA. No... yo no.

JAC. ¿Conque usted quiere?...

ELOISA. ¡Esas cartas!... todas esas cartas... escritas en papel azulado, con las iniciales E. D. y un sello que figura una flecha.

JAC. Atravesando dos corazones... asi debe ser.

ELOISA. ¿Promete usted dármelas?

JAC. (Levantando la mano al cielo) Lo juro... ¿pero y la recompensa? (Óyese dentro la voy de Bustamente.)

ELOISA. ¡Cielos!... mi marido... ¡Adios!

JAC. (Colocándose delante de la puerta.) ¡Desgraciada!... ¿qué va usted á hacer?

ELOISA. Pero...

JAC. Iba usted á meterse en el cuarto de la mujer del agente...

ELOISA. Déjeme usted. (Ábrese la puerta del foro.) ¡Ah! (No tiene tiempo mas que para meterse detras del biombo, que la oculta enteramente.)

ESCENA IX.

JACINTO, BUSTAMANTE, ELOISA escondida.

BUST. (Saliendo apresuradamente.) ¿Me parece que no he tardado, eh?

JAC. (Con viveza.) ¡Chist! cállese usted.

BUST. (Sorprendido.) ¿Eh?

JAC. (Alejándole del biombo y muy bajo. Toda esta escena debe hacerse en voz baja.) ¡Está ahí!

BUST. (Alzando la voz.) ¿Cómo ahí?... ¿en mi cuarto?... ¿quién?

JAC. ¡Chist!

BUST. ¿Quién?

JAC. La mujer de la casa de enfrente. (Bajo.)

BUST. (Ap.) ¡Ah! Dolores... ¡ya caigo!... habrá venido por su aderezo... (Alto.) ¿Y qué? ..

JAC. Mas bajo. (Va á aplicar el oido al biombo.)

BUST. (Ap.) ¡Tonto de mí! ¡perder el tiempo en ir á casa de un diamantista, cuando tengo aqui el aderezo de Dolores!... por fortuna que me acordé á tiempo.

JAC. (Volviendo adonde él está.) Prontito. Le necesito á usted. Necesito que usted me entregue...

BUST. Comprendo... sé lo que usted necesita... hace tiempo que conozco á esa señora.

JAC. ¿La conoce usted?

BUST. (Muy bajo.) Se muere por las alhajas, los brillantes, los chales de la India... (Pasando detras, y dirigiéndose al biombo.) ¡Vaya si la conozco!

JAC. (Agarrándole por el faldon del frac, y obligándole á pasar á la izquierda.) No es eso... ¡yo no necesito brillantes, ni joyas!... Ande usted corriendo, y tráigame al momento todas las cartas de mujer que haya en la herencia.

BUST. ¡Ah! ¡ya!... ¿el paquete aquel?

JAC. Aquel y todos los demas.

BUST. ¿Conque era ella la que habia escrito?

JAC. A mi primo Esteban.

BUST. (Volviendo al biombo, y trayéndole otra vez Jacinto.) ¡Conque esas tenemos! Cartitas ¿eh?

JAC. Pero hombre... vaya usted.

BUST. Ya voy, ya voy. (Ap) ¡Aqui de la idea de Juanilla!..

(Alto.) Voy á meterlas en una cajita con un sobre, y á poner encima: á la bella de las bellas.

JAC. Acepto ese emblema caballeresco. Ande usted aprisa.

BUST. (Ap.) Voy á arrancarle la primera muela. (Váse por la derecha.)

ESCENA X.

JACINTO, ELOISA.

JAC. (Acercándose al biombo.) Ya va á buscarlas.

ELOISA. (Sacando la cabeza.) Cuente usted con mi agradecimiento.

JAC. ¿De veras?

ELOISA. De veras.

JAC. Silencio... ya vuelve. (Eloisa desaparece.)

ESCENA XI.

JACINTO, BUSTAMANTE, ELOISA escondida.

BUST. (Entregándole una cajita.) Ahí tiene usted.

JAC. Gracias. (Yendo á entregársela á Eloisa.) Ahí está.

ELOISA. (Bajo.) Gracias.

JAC. (Volviendo á Bustamante.) Ahora, márchese usted otra vez.

BUST. (Hablando muy alto con intencion.) ¡Que me vaya... corriente!...agur, señor heredero. (Váse por el foro, pero vuelve á salir de puntillas.)

ELOISA. Se marchó. (Escápase furtivamente por la izquierda.)

ESCENA XII.

JACINTO, BUSTAMANTE.

JAC. ¡Solo con ella!... ¡oh!

BUST. (Subiéndose en una silla, para mirar por encima del biombo.) No se ha de escapar sin que yo la vea.

JAC. (Viéndole y tirando de él.) ¡Eh! ¿qué es eso?... ¿qué es eso?

BUST. ¡No hay nadie!...

JAC. ¿Nadie? (Metiéndose dentro del biombo.) ¡Se ha marchado!.. ¡por aqui ha sido!

BUST. Por el cuarto de mi mujer... (Ap.) ¡me gusta la franque-

za... pero no importa, estoy contento de mí... está hecha la jugada. (Alto y alegremente.) ¿Qué tal?... ¿la ha sentido usted?...

JAC. ¿El qué?

BUST. La muela que acabo de sacarle.

JAC. ¿Qué demonios dice este hombre?

BUST. Usted ha creido entregar un paquete de cartas.

JAC. ¿No eran cartas?

BUST. Y ha dado usted... ¡já! ¡já! ¡já! ¡já!

JAC. ¿El qué?... ¿el qué?

BUST. ¡Un aderezo de diez mil reales!...

JAC. (Dando un grito.) ¡Ah! (Cae en una silla á la derecha.)

BUST. (Riendo á carcajadas, y sentándose á la izquierda.) ¡Já! ¡já! ¡já!

ESCENA XIII.

DICHOS, ELOISA.

ELOISA. (Con un aderezo abierto en la mano, y dirigiéndose á Jacinto casi desmayado, sin ver á Bustamante.) ¡Caballero, usted me ha engañado... atreverse á ofrecerme á mí...

BUST. (Reconociéndola.) ¡Cielos!

ELOISA. (Mirando á Jacinto.) ¡Está desmayado!... ¡Luisa, Luisa... agua!

BUST. Era...

ELOISA. (Viéndole de repente) ¡Gran Dios!

BUST. ¡Eloisa!... ¡Ah! (Vacila, y cae en una silla como Jacinto.)

ELOISA. ¡Él tambien! (Asustada.)

ESCENA XIV.

DICHOS, JUANILLA.

JUAN. (Con un vaso de agua en la mano.) ¡Ay! mi pobre padrino. (Le echa agua en la cara.)

ELOISA. (Corriendo á coger el vaso de agua.) ¡Aqui, hija mia, aqui!

JAC. (Volviendo en sí.) ¡Juanilla!... ¡eres tú!

ELOISA. ¡Mi marido!

JAC. ¡Su marido... ¡Cómo!!... era la mujer del agente... ¡Já! ¡já! ¡já! (Échase á reir á su vez, señalando á Bustamante desmayado, á quien Eloisa y Juanilla estan prestando auxilios.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala amueblada con lujo. Puerta al foro y laterales. A la izquierda la entrada del comedor.

ESCENA PRIMERA.

No hay nadie en la escena. Ruido de copas y risotadas dentro.

VOCES. ¡Bravo, bravo!
OTRAS. ¡Viva don Jacinto! ¡Viva el señor maestro!

ESCENA II.

JUANILLA, saliendo de la izquierda.

Está bien, voy allá... ¿Qué podrá ser ese paquete que el amigo del amo me manda buscar á su casa? Apuesto á que es alguna otra mala partida que ese viejo socarron quiere jugar á mi padrino... ¡Pobre padrino, en qué estado me le han puesto!... ¡me da una lástima que me echaria á llorar!

JAC. ¡A la salud del ama de la casa! (Dentro.)
JUAN. Si, á su salud... Mas te valdria cuidar de la tuya, pobre hombre. (Se oye destapar botellas de champagne.) Bebiendo ahí unos vinos que parece que estan hirviendo... atracándose de gallinas y capones que tienen dentro unas cosas negras... ¡Y cómo se las engullen! Ya se vé, como

ninguno de ellos está ya en su juicio... Pero vamos pronto á casa de ese don agente á hacer su encargo... En el cajon de la izquierda me ha dicho... un paquete cerrado, con un letrero encima que dice: «Cartas de ella, para guardar.» ¡Habrá viejo taimado! (Viendo venir á Eloisa.) ¡Ah! calla, aqui viene su mujer.

ESCENA III.

JUANILLA, ELOISA.

ELOISA. ¿Tú aqui, muchacha?
JUAN. Si, señora.
ELOISA. ¿No está Dolores?
JUAN. ¿Dolores?
ELOISA. Si, Dolores; una señora jóven, la dueña de esta casa.
JUAN. ¿La dueña? está ahí dentro.
ELOISA. ¿Ahí?
VOCES. (De los convidados.) ¡Bomba, bomba!
ELOISA. ¿Qué significa?
JUAN. Estan comiendo una porcion de ellos con mi padrino y su marido de usted.
ELOISA. ¡Mi marido aqui!
DOL. (Dentro.) ¡Cigarros!... Si, señores, voy á mandar por ellos.
ELOISA. ¡Dolores!

ESCENA IV.

DOLORES, ELOISA, JUANILLA.

DOL. ¡Eloisa!
ELOISA. Calla; tengo que hablarte.
DOL. (A Juanilla.) Chiquita, déjanos.
JUAN. (Ap.) Apuesto á que estan fraguando algo contra mi padrino.
DOL. ¿Qué es eso? ¿no me has oido?
JUAN. Si, señora. (Ap.) Pero para saberlo tengo que escuchar. Voy en un salto por las cartas y vuelvo á oir lo que dicen. (Váse apresuradamente por el foro.)

ESCENA V.

DOLORES, ELOISA.

DOL. Habla y despacha.

ELOISA. ¿Estás en tu juicio?... ¿aqui... cuando mi marido se halla á dos pasos?

DOL. Tu marido... ¡Ay, hija, no sabes cómo está! ¡Oh! podemos hablar sin temor: esos señores no piensan ahora en nosotras.

ELOISA. Pues bien, no sé qué hacer. Ya te he hablado de unas cartas que tuve la imprudencia de escribir, y que se hallan entre los papeles que han de ir á parar á ese don Jacinto.

DOL. Si... ¿y qué?

ELOISA. Yo habia creido que el heredero me las entregaria... pero en vez de cartas me ha dado un aderezo de brillantes.

DOL. Pues no debes quejarte del cambio.

EBOISA. Pero reflexiona que todos los papeles de esa herencia se hallan en poder de mi marido.

DOL. Si, es muy desagradable.

ELOISA. Yo quisiera hahlar á solas á don Jacinto, y como debia hospedarse en casa creí que eso me seria fácil... pero ha desaparecido.

DOL. Para venirse aqui.

ELOISA. ¿Aqui?

DOL. Si, tu marido le ha hablado de esta casa y se ha instalado en ella, y se ha hecho cargo de la comida que estaba encargada para el portugués.

ELOISA. ¡Cómo! ¡ese señor que era tan avaro!

DOL. ¡Ay! hace dos horas que el pobre hombre está fuera de tino... No hace mas que hablar de bailarinas y del Teatro Real... Ha entregado á tu marido la llave de su arca, llamándole su apoderado, su cajero, su dentista. Es cosa de morirse de risa con sus extravagancias.

ESCENA VI.

DICHAS, JUANILLA.

JUAN. (Saliendo con sigilo por el foro.) ¡Todavia aqui juntas!..... Oigamos.

ELOISA. Tú te ries y lo tomas á juego, pero yo estoy temblando... Si mi marido llega á ver esas cartas, aunque nada tienen de particular, como es tan celoso...

DOL. Pues mira, no te lo queria decir; pero se ha hablado de ellas en la mesa.

ELOISA. ¡Gran Dios!

DOL. Yo he querido variar de conversacion... imposible... Bustamante se ha empeñado en ver esas cartas... quiere leerlas á los postres y acaba de enviar á buscarlas.

ELOISA. ¡Ay, Dios mio!... ¡entonces soy perdida!

JUAN. (Acercándose á ella) ¡Perdida!... por unas cartas, señora... ¿serán estas?

ELOISA. ¿Estas?... ¡qué veo! (Leyendo) «Cartas de ella, para guardar.» (Rompiendo el sobre.) ¡Mi letra!.. Sí, sí, son mis cartas. Pero ¿por qué milagro?...

JUAN. ¡Oh! no es ningun milagro... ha sido su marido de usted, que me ha mandado que se las busque... y como yo me maliciaba que se trataba de alguna picardia, he ido á hacer el encargo de muy mala gana... Si por eso se ha de perder usted, y con ellas puede salvarse, guárdeselas... yo diré á su pariente que no las he encontrado.

ELOISA. ¡Ah! eres una buena muchacha... Pero yo quisiera pagarte este favor... Habla, ¿qué puedo hacer por tí?

JUAN. ¡Ay, señora de mi alma! yo no quiero nada. (Llorando.) Soy muy desgraciada.

ELOISA. ¡Desgraciada!... pero no llores asi... ¡y no quieres que yo insista en favorecerte cuando tú me salvas! (Oyese á este tiempo el ruido de un espejo que se rompe y grandes risotadas dentro.)

DOL. ¡Ay, Dios mio! me lo van á romper todo.

ELOISA. No estemos aqui. (A Juanilla.) Ven, hija mia.

ESCENA VII.

DOLORES, JACINTO, BUSTAMANTE, borrachos los dos. Jacinto vestido con pretensiones de elegante, pero con el traje en el mayor desórden y el sombrero de Dolores en la cabeza.

JAC. (Sostenido por Bustamante.) Apóyate en mí, Ernesto mio.

BUST. (Apoyándose á su vez en Jacinto.) No tengas miedo, que yo te sostengo, Arturo.

DOL. ¡Ay, mi sombrero! (Quitándole rápidamente su sombrero. Váse corriendo por la izquierda.)

JAC. ¡Qué hermoso eres, Ernesto!

BUST. ¿Me amas?

JAC. Si, te adoro con ese pelito rubio y esas patillas negras. Mira, dame un mechon de tu pelo.

BUST. ¡Que me despeinas, animal!

JAC. ¡Calla! Si es peluca.

BUST. Arturo, no me encocores.

JAC. Te doy por ella tres pesetas.

BUST. Lo que has de darme son las gracias por haberte sacado otra muela.

JAC. ¡Otra muela!

BUST. La del juicio...

JAC. Voy á mandar que me hagan con ella un alfiler cercado de brillantes. (Se apoyan uno en otro, espalda con espalda, y dan la vuelta alrededor como si se buscaran.)

BUST. ¿Ves esta sala y estos muebles?... pues todo esto es tuyo.

JAC. ¡Oiga!

BUST. La comida, las trufas, las piñas, el champagne, todo lo has pagado tú.

JAC. ¿Palabra de honor?

BUST. Todo lo que está aqui es tuyo.

JAC. ¡Bravo! ¡famoso... soy un sultan... Agente, ¿quieres ser tú guarda de mi serrallo?

BUST. ¿Guarda de tu serrallo?

JAC. ¿Quieres?

BUST. Lo consultaré con mi mujer.

JAC. ¡Cómo, belitre! ¿tengo una sala lujosa, tengo muebles, y me dejas conducirme como un miserable con el ama de la casa? Anda á buscarme un traje magnífico, un co-

che, diamantes, perlas.

BUST. Mira lo que haces, Arturo, esas son locuras.

JAC. No me fastidies... ¡viva el lujo! ¡viva el derroche! ¡viva mi primo, que se ha muerto!... Agente, vas á recorrer ahora mismo todas las tiendas, y vas á traerme un vestido de lo mejor que encuentres... muchos vestidos... y joyas... y un coche... yo quiero coche... Anda corriendo.

BUST. ¿Te empeñas?

JAC. Te lo mando.

BUST. (Dando traspiés) Voy allá.

JAC. ¡Ah! préstame un duro.

BUST. Un duro.

JAC. Un napoleon naturalizado en España.

BUST. Toma.

JAC. (Señalando al comedor.) ¿Cuánto vale aquel espejo?

BUST. ¿Aquel espejo?... unos dos mil reales.

JAC. Voy á poner á réditos este napoleon... y me va á producir dos mil reales. ¡Ping! (Tirando el duro. Ruido de cristales rotos y voces de los convidados.)

BUST. ¡Ah!

JAC. ¿Eh?... este si que es gana-pierde.

BUST. Has puesto en dispersion á los convidados.

JAC. Anda á lo que te he dicho.

BUST. Vuelvo al momento.

ESCENA VIII.

JACINTO, DOLORES.

DOL. ¿Qué es esto? ¿se ha propuesto usted hacerlo todo añicos?

JAC. Lo hago porque puedo.

DOL. A ese paso, ni Monte-Cristo.

JAC. Yo soy el dios Pluto... (Acercándose á ella.) ¿y mi Danae?

DOL. ¿Quién?

JAC. Mi Eloisa.

DOL. (Bajo.) Va á venir, porque desea hablar con usted.

JAC. (Dando un grito de alegria.) ¡Ah! Dila que venga pronto: dila que para ella he mandado traer los mejores trajes y joyas y carruajes (Señalando á dos dependientes que entran con unas cajas, las cuales colocan sobre los muebles y se retiran.)

Mira, ahí los tienes... Anda á buscarla... tráela aqui.

DOL. Va usted á ser servido al momento. (Éntrase en el cuarto por donde se marchó Eloisa.)

JAC. (Dejándose caer destroncado en un sillon.) ¡Uf! yo no sé si es el amor, el ponche, ó el champagne... pero mi corazon y mi cabeza... ¡me ardo!... ¡Oh! ven, ven mi Eloisa. (Canturreando.)

Ven, gentil zagala,
ven á mí, por Dios...

ESCENA IX.

JACINTO, ELOISA.

Eloisa se habrá acercado con sigilo á Jacinto, y se apoya en su sillon. Jacinto al volverse la vé de repente.

ELOISA. (Ap.) Válgame la astucia. (Con aire muy decidido que sostiene durante toda esta escena) ¿Qué tal, caballero?

JAC. (Saltando de su asiento.) ¡Ah! ¡mi sueño dorado!... ¡qué alegria! .. ¿quiere usted que polkemos?... tara... tarara... rarán. (Queriéndola coger del talle.)

ELOISA. No, gracias, necesita usted reposo.

JAC. Quien habla de reposo... ¡galop sempiterno!... ¡polka hasta morir!... ¡Pero qué hermosa es usted! Usted es mi Rosmunda, mi Esmeralda... (Ap. Viéndola sacar el aderezo del bolsillo.) A propósito de esmeraldas trae el aderezo. (Riendo.) ¡Pobre agente!

ELOISA. He venido únicamente á devolver á usted estos brillantes y... (Quiere retirarse.)

JAC. ¿Eh?... ¡cómo! los rechaza usted!... ¿no le gustan á usted?

ELOISA. ¡Los brillantes! todo al contrario.

JAC. ¿Pues entonces?

ELOISA. (Reprimiendo su júbilo.) Pero sea usted juez... ¿van bien los diamantes con este modesto vestido de glasé á cuatro pesetas la vara? Seria ridículo.

JAC. ¿Ne es mas que eso?... (Volviéndose hácia las cajas.) Aqui hay telas de las mas ricas...

ELOISA. (Ap.) Él mismo se entrega.

JAC. (Ap.) Ya pica en el cebo. (Llevándola junto á las cajas, y alto.) Terciopelo, *moiré antique*, una tela que se tiene en

pié solita, blondas, encajes. (Ap.) ¡Ay! pobre agente.

ELOISA. En efecto, todo es precioso y muy rico... y es para...

JAC. ¡Para usted!... ¡gacela hermosa!

ELOISA. (Con alegria.) ¡Ah! (Cambiando de tono.) Pero, no, esos ricos trajes para ir á pié, cruzando calles... hágase usted el cargo que no debe ser.

JAC. A pié .. y quién habla de ir á pié?.. quién se acuerda de pies aqui? (Ruido de coches dentro.) ¡Oh! á propósito. (Acercándose á la ventana, y volviendo por Eloisa, á quien lleva junto á ella.) Venga usted aqui... mire usted... mire usted... ¿qué le parece eso?

ELOISA. ¡Oh! ¡qué linda carretela! ¡y una americana ademas!

JAC. (Ap.) Ya cayó.

ELOISA. (Id.) Veamos. (Alto.) Yo no sabria por cuál decidirme si me diesen á escoger.

JAC. El remedio es fácil... Se escogen los dos... (Ap.) de esta no escapas. ¡Agente! dáte por muerto.

ELOISA. (Como loca de alegria.) ¿Pero es verdad?... Que gusto, ir en mi americana ó en mi carretela, eclipsándolas á todas con mis joyas y encajes, y entrar asi, muy derecha en... en... ¡Oh! pero no... Ese tren para vivir en un cuarto tercero de la calle del Cármen... ¿qué dirian las gentes!... se reiria de mí todo el barrio. (Mirando con el rabillo del ojo.) Con ese lujo una mujer no puede vivir... sino... en casa propia.

JAC. (Gritando.) ¿Dónde hay una casa?... ¡que me traigan una casa!... Señores, hay por ahí quien me dé una casa que necesito.

ELOISA. (Levantándose de pronto.) ¡Yo sé de una!... en la calle del Barquillo acabadita de hacer.

JAC. Vamos á verla.

ELOISA. No, aguarde usted. Mi marido está encargado de la venta, y conque usted pusiera su firma.

JAC. (Riendo.) ¡Calla! es el marido de usted... (Riendo.) ¡Já! ¡já! ¡já! ¡pobre hombre! (Siéntase y escribe.) «El que abajo firma se obliga...»

ELOISA. (Dictando muy deprisa.)«A pagar el importe de la casa comprada por (el nombre en blanco) sita en la calle del Barquillo, número setenta.»

JAC. (Firmando.) ¡Y firmo!... y firmaria cien mil veces por usted.

ELOISA. ¡Gracias, muchas gracias!

JAC. ¿Conque usted acepta?...

ELOISA. Lo tomo todo. (Mostrándole el papel que acaba de coger.)

JAC. ¡Oh! déjeme usted ahora que postrado á sus pies cubra de besos esa mano adorada, y... (Se echa á sus pies. Ábrese la puerta del foro, y aparece Bustamante con la caja; y dice al verlos.)

ESCENA X.

DICHOS, BUSTAMANTE.

BUST. ¡Ah, bribon!

JAC. (Sin levantarse.) ¡Sopla! ¡el agente!

BUST. ¡Ah! te pillé... ¿qué es lo que estaba usted haciendo á las botas de mi esposa?

JAC. Cálmese usted, agente

BUST. ¿Y usted, señora... y usted?

ELOISA. (Muy jovial.) ¿Yo?... ¿Qué habia de hacer? Ayudarte. ¿No se trataba de arruinar al señor?... pues yo lo he hecho, le he sacado todos los raigones.

JAC. (Dando un grito y tirándose en el sofá.) ¡Oh!

ELOISA. Oye, oye si no: joyas, vestidos magníficos, dos carruajes y una casa.

BUST. ¡Una casa!

ELOISA. (Poniéndole el papel delante de los ojos.) Calle del Barquillo, número setenta... Aqui está su firma.

BUST. ¡La casa nueva!

ELOISA. Ya vé usted, señor marido, que soy un excelente ejecutor testamentario. (Váse por la derecha.)

ESCENA XI.

JACINTO, BUSTAMANTE.

BUST. (Con rabia.) ¡Ah! estoy vengado... ¡Mira, observa mi risa satánica, repara la risa del hombre que se venga!... ¡Já, já, já!

JAC. ¿Qué dice este hombre ahora?

BUST. ¡Ah! ¿conque tú me envias á buscarte vestidos y telas, y chales y carruajes, y me haces encargarte comidas y muebles?... ¡Ah! ¿conque tú rompes los espejos tirándolos duros?... ¡Ah! ¿conque tú te lanzas á gastar por

mi mano los cien mil reales de tu hucha... y todo con la intencion de tomarme las vueltas?... ¡Toma! ahí tienes tu cuenta, repásala... y ahí tienes tu caja. (Se la tira al suelo, y se abre, dejando ver que está vacia.)

JAC. (Que continúa tirado en el sofá, y mirando la cuenta.) Noventa y nueve mil novecientos cincuenta y dos reales y cincuenta céntimos... Está bien... ¡esto es!... ¡justo!... Me he quedado sin muelas; pero ahora me van á salir otras de oro. (Levantándose y tendiendo la mano.) Venga acá la herencia de mi primo.

BUST. (Escribiendo.) Aguarda, aguarda; no se ha acabado la cuenta.

JAC. Si, ya sé; restan cuarenta y siete reales y medio... guárdatelos, te los doy de propina.

BUST. (Con fuerza.) Restan dos millones de reales, importe de una casa en la calle del Baaquillo, número setenta. (Jacinto, que se reia, se levanta de pronto y se le queda mirando aterrorizado.) Te quedan únicamente cuarenta y siete reales y cincuenta céntimos, lo justito para comprarte una chaqueta parda, unas abarcas y hacerte unas sopas al entrar en tu tierra... eso es lo que te queda.

JAC. (Desmayándose.) ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah! (Vuelve á caer en el sofá.)

BUST. ¡Muérete ahora, muérete!... ¿Quieres un almohadon?... ¿quieres un taburete? ¡Toma, perro, toma!

ESCENA XII.

DICHOS, JUANILLA.

JUAN. (Que sale corriendo de la derecha.) ¡Padrino... padrino!

BUST. (Con quien ha tropezado.) Ahí tienes cómo le he puesto... Adios... voy á retorcer el cuello á mi mujer.

ESCENA XIII.

JACINTO, JUANILLA.

JUAN. ¡Ay, pobre padrino de mi alma! No mueve mano ni pie. (Moviéndole.) ¡Señor amo! ¡padrino! Soy yo, Juanilla... Me da miedo... Amo mio, hábleme usted... póngame usted como un trapo, si quiere, pero hable usted.

JAC. (Siempre desmayado y con voz melancólica.) ¡Tarará... tara-

rán... rirá!

JUAN. ¿Qué es lo que dice?

JAC. Arturo... yo te amo...

JUAN. ¡Ay, Dios mio! está loco. (Zamarreándole.) ¡Señor! ¡señor amo! ¡padrino!

JAC. (Volviendo en sí.) ¿Eh?... ¿qué?... ¿dónde estoy?

JUAN. Está usted junto á mí... junto á Juanilla.

JAC. ¿Juanilla?... ¡Ah! Juanilla, si .. ya me acuerdo... el lugar... mis cien mil reales... mi felicidad .. y todo, todo lo he perdido!... ¡Estoy arruinado!... ¡Madrid!... ¡ladrones! ¡infames! (Quiere marcharse.)

JUAN. ¿Qué es eso? ¿Adónde va usted?

JAC. Voy á dar un paseo hácia el canal...

JUAN. ¡Vaya una ocurrencia! (Cerrando la puerta.) No sale usted de aqui.

JAC. (Ap.) Quizás haga bien... Me han hablado de otra clase de muerte. . pero no veo por aqui... (Alto.) ¡Ah! Juanilla, préstame tus ligas.

JUAN. (Inquieta.) ¿Mis ligas?... ¿para qué?

JAC. Las necesito. . un antojo, un capricho.

JUAN. ¡Ay, Dios de mi alma! ¿está usted pensando en ahorcarse, por casualidad?

JAC. Por casualidad no... por necesidad.

JUAN. ¡Ahorcarse!... ¿Qué tal? si yo no lo hubiese adivinado... ¡qué remordimientos para mí!... pensaria en usted todos los dias.

JAC. Al ponerse las medias... pobre muchacha. (Ap.)

JUAN. (Con decision.) Pero usted no se acuerda de una cosa, padrino: usted no puede disponer de su vida.

JAC. (Con amargura.) Al contrario, no puedo disponer mas que de eso.

JUAN. Ni de eso tampoco, porque su vida de usted me pertenece.

JAC. ¿A tí?... Pues qué, ¿tú tambien me has sisado? (Va á sentarse á la derecha.)

JUAN. No, señor... pero usted me dijo en el pueblo: Juanilla, Juanilla, agénciate un dote y te casarás conmigo.

JAC. ¿Y qué?

JUAN. ¿Qué? que ya me he agenciado el dote.

JAC. ¿Tú?... ¡Pobre muchacha! (Llorando.) Si, eso es lo que yo debí hacer... casarme contigo, guardar mi gato y mi Juanilla... ¡dos tesoros que yo tenia y que he perdido!

JUAN. No tal, padrino: ¡cuando le digo á usted que tengo dote!

JAC ¿Y qué quieres que haga yo con tu dote?... ¿cuánto puedes tener?

JUAN. ¡Toma! eso pende de lo que valga el dote, señor amo, y puede que abulte un tantico mas de lo que usted cree.

JAC. Aun cuando tuvieras... veinte ó veinticinco duros.

JUAN Eche usted, padrino.

JAC. Un par de onzas... mil reales.

JUAN. Eche usted.

JAC. Dos mil reales.

JUAN. Vaya usted echando.

JAC. ¿Qué demonios dices? (Levantándose.) ¿diez mil reales?

JUAN. Mas.

JAC. ¿Mil duros?

JUAN. Ahupe usted.

JAC. ¿Estás en tí? ¿Tres mil?

JUAN. Arriba.

JAC. ¿Seis mil?

JUAN. Tire usted por largo.

JAC. ¡Eh! eso es broma, tú quieres irme llevando...

JUAN. Hasta dos millones, si, señor. (Gozosa.)

JAC. ¡Cielos!.. ¡Dios!.. ¡Ah!.. pero no... es imposible... justamente la cantidad que yo he perdido.

JUAN. Y que yo he hallado, vea usted.

JAC. ¿Pero cómo? ¿Por qué milagro?

JUAN ¡Oh! si, bien puede usted decir que es milagro. Sepa usted, padrino, que la señora que le ha arruinado, es la que me ha hecho el regalo de todo lo que usted le ha dado.

JAC. ¡Qué oigo! Eloisa...

JUAN. Viéndome tan triste y tan llorosa porque usted no me queria, se ha empeñado en que me ha de querer, y por eso me ha hecho un dote con la casa, los brillantes, los vestidos... (Muy alegre.) y... y quiere que gaste coche.

JAC. (Enternecido.) Y viéndote rica, quieres ser todavia mi mujer.

JUAN. Si usted no se ha de incomodar por eso... porque en ese caso, tambien seria de usted todo... si, todito, menos la mujer que aguardaria á que fuese usted otra vez desgraciado para quererle mas si cabe.

JAC ¡Ah! Juanilla... Mira, estoy llorando... no lo puedo remediar, y cuando pienso.... ¡estúpido de mí!... ¡malas

entrañas!... he desconocido, despreciado un tesoro... un ángel... Pero es tarde ya...

JUAN. ¿Para qué?

JAC. Para decirte que si quieres ser mi mujer.

JUAN. ¿Pues no está usted conociendo que me muero por sus pedazos?

JAC. (Abrazándola.) ¡Ah! ¡Juanilla! ¡Juanilla!

JUAN. Basta, padrino, basta, que viene gente.

JAC. ¿Quién? (A Eloisa que aparece con su marido en la puerta.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, BUSTAMANTE y ELOISA.

JAC. ¡Ah! venga usted, venga usted, señora, á recibir las gracias y á darme el parabien.

BUST. ¡El parabien!

ELOISA. Le he devuelto sus bienes. (A su marido.)

JAC. Si, y aqui tienen ustedes á mi mujer. (Presentándoles á Juanilla.)

BUST. ¡Su mujer! ¡Ah! ¡pícaro! Estaba de Dios que habia de ser suya la herencia.

JAC.
Ya que salí bien librado
de esta herencia extravagante,
desarrugad el semblante
si no os hemos agradado.
La avaricia es mi pecado,
soy avaro, lo confieso,
y aun mas que de plata y oro
de otro preciado tesoro
que fué siempre mi embeleso;
de... ¡un aplauso!... ¿Me dais eso?

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 19 *de diciembre de* 1858.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Alicante.	Ibarra.
Almería.	Alvarez.
Albacete.	Perez.
Avila.	Garcés.
Algeciras.	Joarizti.
Alcoy.	Frances.
Aranjuez.	Prado.
Almaden.	Quiroga.
Avilés.	Sanchez del Rio.
Barcelona.	Mayol.
Búrgos.	Hervias.
Bilbao.	Astuy.
Badajoz.	Martinez y Rino.
Bejar.	Bueno é hijo.
Baza.	Fernandez.
Baeza.	Segura.
Borja.	Cadenas.
Cádiz.	A. de Cárlos.
Castellon.	Carratalá.
Córdoba.	Lozano.
Coruña.	Lago.
Cáceres.	Valiente.
Ciudad-Real.	Arellano.
Cuenca.	Mariana.
Cartagena.	Muñoz García.
Chiclana.	Julian.
Ceuta.	Ibañez.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Carmona.	Esteban.
D. Benito.	Sanchez Barroso.
Ecija.	García.
Ferrol.	Tajonera.
Figueras.	Delhom.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Dorca.
Guadalajara.	Oñana.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Guadix.	Tornez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Huelva.	Osorno é hijo.
Huesca.	Guillen.
Huescar.	Ruiz.
Haro.	Quintana.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez de la Frontera.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda é hijos de Miñon.
Lérida.	Blasco.
Lugo.	Viuda Pujol y Hermano.
Logroño.	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Loja.	Cano.
Linares.	Carrasco.
Lucena.	Cabezas.
Llerena.	Guerrero.
Málaga.	Cañavatte.
Murcia.	Hs. de Andrion.
Mataró.	Abadal.
Manzanares.	Peñuelas.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vinent.
Mérida.	Diaz.
Martos.	García.
Oviedo.	Pruneda y Mántar
Orense.	Robles.
Ocaña.	Calvillo.
Osuna.	Montero.
Orihuela.	Berruezo
Pamplona.	Rios y Barrena.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma de Mallorca.	Gelabert.
Pontevedra.	Aspa.
Puerto de Sta. María.	Cobantes.
Puerto-Rico (Mayagües).	Maestre y Tomás.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Rivadeo.	Torres.
Rioseco.	Pradanos.
Salamanca.	Huebra.
Santander.	Basañez.
San Sebastian.	Garralda.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Sevilla.	Alvarez y compañía.
Segovia.	Rebilla.
Soria.	Perlado.
Santiago.	Escribano.
San Fernando.	Tellez de Meneses.
Sanlúcar de Barrameda.	Esper.
S. Ildefonso (Granja).	Alderete.
S. Lorenzo (Escorial).	Juan José Rodriguez.
San Martin de Valdeiglesias.	Cisneros.
Segorve.	Mateo.
Tarragona.	Pujol.
Teruel.	Baquedano.
Toledo.	Hernandez.
Talavera de la Reina.	Sanchez do Castro.
Toro.	Tejedor.
Tuy.	Cruz.
Trujillo.	Bravo.
Torrevieja.	Vela.
Tudela.	Izalzu.
Tolosa.	La Lama.
Tarazona.	Veraton.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Vinaroz.	Ramirez Poy.
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Vigo.	Fernandez Dios.
Ubeda.	Bengoa.
Zaragoza.	V. Andres.
Zamora.	Calamita.
Zafra.	Oguet.

El propietario de esta Galería vive en la calle de la Salud, núm. 14, cua principal.